

Se pierde en el sepulcro oscuro y frío,
Donde resta á los míseros mortales
El polvo de su ciego desvarío
Envuelto en los sudarios sepulcrales:
Oscuridad tan solo y podredumbre
Hallar por pavimento y por techumbre.

La gloria es á lo más dulce mentira
Y correr en su pos torpe locura;
Solo el hombre orgulloso que delira
Es capaz á seguir su senda oscura;
A tal insensatez brota la ira,
Que la humana razón, sabia, censura
El constante y cruelísimo martirio
A que el hombre se arroja en su delirio.

¿Qué consigue alcanzar quien busca gloria?
Cruzar entre el trabajo y la fatiga
De este mundo la senda transitoria;
Ver por la torpe envidia mano amiga
De que lo fué perder toda memoria;
Ver que en su contra el mundo se coaliga;
Y al terminar la vida hallarse solo
Rodeado de miserias y de dolor.

Es más dulce vivir en grata holganza
Gozando de la vida los placeres,
Entre el tumulto de la alegre danza,
En brazos de bellísimas mujeres;
Y entre el dulce delirio y la esperanza
De no tener mañana otros quehaceres
Ir á buscar en el mullido lecho
El descanso que falta á nuestro pecho.

Y apurar en la orgía los manjares
Y los gozos más caros de la vida,
Y sentir emociones á millares
Entre emociones que el dolor olvida,
Y matar con delicias los pesares,
Y apurar del placer la copa henchida: —
Esta es ¡pardiez! la verdadera gloria
De la vida caduca y transitoria... »

Así clama la voz del lujurioso
De corrompido y asqueroso pecho,
Eso dice tal vez el envidioso,
Que tiene el corazón pedazos hecho;
La soñolienta voz del perezoso
Que torpe busca el regalado lecho,
Y eso también aquellos que en la orgía
Satisfacción encuentran y alegría.

Mas dejadles que arrojen de su seno
Ese aliento asqueroso y pestilente:
Dejad, sí, que sus bocas manen ciego...
No os acerqueis, que os mancharán la frente:
No llegueis á los labios el veneno
Con que en dorada copa refulgente
Os brindan en señal de desagravio...
¡Ay! de vosotros, si la toca el labio!

La gloria existe sí; la luz del día
No iguala el esplendor de su hermosura;
Admirándola, el alma se estasia;
Su reflejo inmortal, su llama pura,
Es luz tras de la cual la fantasía
Del mundo deja la mansión oscura;
Y es la luz que dimana de la gloria
Luz que alumbra las hojas de la historia.

La gloria existe sí; dígalo Homero,
Que orna con ella su preclara frente;
Hable Alejandro, el sin igual guerrero,
Hable Moisés, legislador sapiente,
Y Cicerón el orador severo,
Sócrates, el filósofo prudente,
Los hijos de Sagunto y de Numancia
Demandando del romano la arrogancia.

La gloria existe, sí: ved á su brillo
A Gonzalo cruzando el Garellano,
A Cristóbal Colón, que gran caudillo,
De un nuevo mundo descubrió el arcano;
Las sombras de Velázquez y Murillo,
Ercilla, Fenelon, Tasso y Ticiano,
Nombres que avara nos guardó la historia:
Y guarda con afán nuestra memoria...

Pero aun dudais, y recordaros quiero
Al gran hombre de ingenio peregrino;
Al que admira y venera el mundo entero,
Al que cumplió magnífico destino;
Que anduvo sin quejarse su sendero
De dolor y miseria de continuo:
Aquel que aunque bajó al sepulcro helado
Para vida más grade ha despertado.

Al que á fuer de español y caballero,
De la cruz bajo el lábaro sagrado
Dejó la pluma y empuñó el acero;
Y de oscuro, si bien bravo soldado,
El pecho dió á las balas el primero,
Y el primero la espalda al premio ansiado:
Pues no halló premio que valiera tanto
Como la herida que ganó en Lepanto.

Aquel que pobre y miserable un día,
Surcando el mar, á su país nativo
De gozo lleno el infeliz volvía,
Quedando del infiel hecho cautivo
Cuando libre en su patria se creía;
Al que siendo la fé su lenitivo,
Por la fé consiguió volver á España...
Que fué peor para el que tierra extraña.

Vedle en la patria ya: su noble frente
Se doblega al dolor; la baba impura
Del encono y la envidia, torpemente
Van sembrando en su pecho la amargura:
Mas su fé no vacila, es mas ardiente,
Cuanto es la prueba más cruel y dura,
Y en vano de sus émulo la envidia,
Se apresta á combatirle con perfidia.